

De las fantasías al fantasma fundamental: una travesía psicoanalítica.

Tecla González y Eva Parrondo.

Este artículo fue publicado en la revista *Trama&Fondo*, nº 37.

A Vicente Mira, *in memoriam*

“Ya no creo en mi neurótica”

En la famosa carta que escribe Freud a su amigo Fliess el 21 de septiembre de 1897 podemos leer:

“Permíteme que te confíe sin más dilación el gran secreto que en el curso de los últimos meses se me ha revelado paulatinamente: ya no creo en mi neurótica.”

E inmediatamente después, expone de dónde surgen los principales motivos de su incredulidad.

“El primer grupo lo forman los continuos desengaños en mis intentos de llevar mis análisis a una verdadera conclusión; (...). En segundo lugar, la asombrosa circunstancia de que todos los casos obligaban a atribuir actos perversos al padre (...) siendo en realidad poco probable que los actos perversos cometidos contra niños posean semejante carácter general (...). En tercer término, la innegable comprobación de que en el inconsciente no existe un «signo de realidad», de modo que es imposible distinguir la verdad frente a una ficción afectivamente cargada” (1950: 3578-3579).

Lejos de desanimarse frente a este descubrimiento, advierte Freud que se siente triunfal ante la posibilidad de que se trate de un importante episodio en su progreso hacia nuevos conocimientos. Y así, efectivamente, sucedió: al desplazar el acento de la realidad exterior (en la que supuestamente abundarían esos actos perversos del padre) a esa ficción o fantasía afectivamente cargada de goce, está Freud sobre la pista de la inexorable ligazón entre la dimensión fantasmática y la siempre traumática sexualidad infantil en tanto constituyentes de la denominada “realidad psíquica” del sujeto.

“Si los histéricos refieren sus síntomas a traumas por ellos inventados, habremos de tener en cuenta este nuevo hecho de su imaginación de escenas traumáticas, y conceder a la realidad psíquica un lugar al lado de la realidad práctica. No tardamos, pues, en descubrir que tales fantasías se hallaban destinadas a encubrir la actividad autoerótica de los primeros años infantiles, disimulándola y elevándola a una categoría superior. Detrás de estas fantasías apareció entonces la vida sexual infantil en toda su amplitud” (1914: 1901).

Así es que, como subrayan Laplanche y Pontalis, la expresión “realidad psíquica” no es simplemente sinónimo de mundo interior, de subjetividad. Tomada de Freud en su sentido más radical, esta expresión nombra el hecho de que en el psiquismo existe un núcleo heterogéneo que es “real” (1985: 24). Y este núcleo psíquico es real precisamente porque en él se localiza el goce corporal con el que están cargadas las ficciones o fantasías.

De modo que las producciones fantasmáticas afloran ligadas a la excitación corporal. Y sin embargo, también son, al mismo tiempo, la respuesta psíquica que permite elaborar ese goce *excesivo*: la fantasía crea un escenario ficticio (imaginario y simbólico) que “encubre” ese real del goce y lo hace condescender al deseo. O en otros términos: la fantasía, al tiempo que evita un encuentro traumático con el goce, pone en escena el deseo del sujeto.

Del sueño diurno a las fantasías inconscientes

Desde el comienzo de sus investigaciones constata Freud cómo el territorio de la fantasía se despliega con gran intensidad en los sueños diurnos que el sujeto se cuenta a sí mismo, en los juegos infantiles y en todas aquellas ficciones por medio de las cuales trata de responder a los grandes enigmas de su existencia.

“(…) la imaginación del niño [prepuberal] se dedica a la tarea de liberarse de los padres menospreciados y reemplazarlos por otros, generalmente de categoría social más elevada. (...) todo ese esfuerzo por reemplazar al padre real con uno superior es sólo la expresión de la añoranza que el niño siente por aquel feliz tiempo pasado, cuando su padre le parecía el más noble y fuerte de los hombres, y su madre, la más amorosa y bella mujer” (1908-1909: 1362-1363).

Es decir que con el nombre de “novela familiar” se refiere Freud a aquellas creaciones de la imaginación con las que el niño preadolescente reacciona a la diferencia entre su pretérita actitud filial y su actitud actual ante sus padres, actitud rebelde y hostil que está causada tanto por la falta (de categoría social, nobleza, fortaleza, amor, belleza, etc.) que, inevitablemente, descubre en éstos como por la dolorosa necesidad de tener que liberarse del sometimiento a su autoridad, en aras de la regeneración social (Freud 1908-1909: 1361)¹.

En *El poeta y los sueños diurnos* se interroga Freud sobre la actividad artística tratando de buscar su origen en los juegos infantiles:

“(…) el poeta hace lo mismo que el niño que juega: crea un mundo fantástico y lo toma muy en serio; esto es, se siente íntimamente ligado a él, aunque sin dejar de diferenciarlo resueltamente de la realidad.”

“(…) el individuo en crecimiento cesa de jugar; renuncia aparentemente al placer que extraía del juego. Pero quienes conocen la vida anímica del hombre saben muy bien que nada le es tan difícil como la renuncia a un placer que ha saboreado una vez. En realidad, no podemos renunciar a nada, no hacemos más que cambiar unas cosas por otras; (...) cuando el hombre que deja de ser niño cesa de jugar, no hace más que prescindir de todo apoyo en objetos reales, y en lugar de jugar, fantasea. Hace castillos en el aire; crea aquello que denominamos ensueños o sueños diurnos” (1907-1908: 1343-1344).

¹ La obligada labor individual de emanciparse de la autoridad paterna a partir de la pubertad “sólo en muy raros casos consigue alcanzar un término ideal; esto es, desarrollarse de un modo perfecto, tanto psicológica como socialmente”, ya que el sujeto o bien conserva “alguna hostilidad” contra el padre o bien se convierte “en un sumiso esclavo del mismo” como “reacción contra su infantil rebelión” (Freud, 1915-1917 [1916-1917]: 2333).

Y unos años después, en sus primeras *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, nos llama Freud la atención sobre el problema del carácter del “reino psíquico de la fantasía”:

“Los productos más conocidos de la fantasía son los «sueños diurnos» (...): satisfacciones imaginarias de deseos ambiciosos o eróticos y tanto más completas y espléndidas cuanto más necesaria es en la realidad la modestia y la resignación. En estos sueños diurnos se nos muestra claramente la esencia misma de la felicidad imaginaria, que consiste en hacer independiente la adquisición de placer del sentimiento de la realidad” (1915-1917 [1916-1917]: 2355).

Vemos, pues, que tanto las fantasías novelescas prejuveniles como los juegos infantiles o los productos de la actividad fantaseadora de los adultos, no son sino representaciones de deseos –ya se trate del deseo de “ser grande” que mueve a los niños, del deseo de preservar “la sobrevaloración infantil de los padres” que abrigan los preadolescentes o de los “deseos ambiciosos y eróticos” que laten tras el fantasear posterior.

Así que el sujeto despliega a lo largo de su vida todo un universo fantasmático. Ahora bien, como advierte Freud ya desde el caso de Anna O. y su «teatro privado», este universo puede llegar a tener, debido a la intervención de la represión, un papel patógeno, desembocando en el florecimiento de la neurosis.

“He de recordaros que el sueño diurno no es necesariamente consciente, existiendo sueños diurnos inconscientes susceptibles de originar tantos sueños nocturnos como síntomas neuróticos” (1915-1917 [1916-1917]: 2355).

Es en su artículo *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* donde aborda el inventor del psicoanálisis la conexión entre las ensoñaciones y las fantasías en tanto que precursoras psíquicas inmediatas del síntoma:

“Estos sueños diurnos interesan vivamente al sujeto, que los cultiva con todo cariño y los encierra en el más pudoroso secreto, como si contasen entre los más íntimos bienes de su personalidad. (...) Todos los ataques histéricos que hasta hoy he podido investigar demostraron ser ensoñaciones de este orden, involuntariamente emergentes. (...) tales fantasías puedan ser tanto inconscientes como conscientes, y en cuanto estas últimas se hacen inconscientes pueden devenir también patógenas; esto es, exteriorizarse en síntomas y ataques (...)”.

“Las fantasías inconscientes, o lo han sido siempre, habiendo tenido su origen en lo inconsciente, o, lo que es más frecuente, fueron un día fantasías conscientes, sueños diurnos, y han sido luego intencionadamente olvidadas, relegadas a lo inconsciente por la «represión»” (1908: 1349-1350).

En el momento en que introduce las fantasías en la dimensión de lo inconsciente, establece Freud cierto paralelismo entre éstas y los sueños². Las fantasías son, al igual que los sueños, representaciones, puestas en escena, de deseos: tienen en gran parte

² Ya en *La interpretación de los sueños* destaca Freud la importancia de dichas fantasías que pasan a compartir, junto a los sueños mismos, la quintaesencia de la neurosis (1899-1900: 646).

como base las impresiones provocadas por sucesos infantiles y sus creaciones gozan de cierta benevolencia de la censura. Ambos están sometidos a las leyes de funcionamiento del Inconsciente, es decir, condensaciones y desplazamientos análogos a las metáforas y las metonimias que estructuran el lenguaje. Al encontrar su lugar en el campo estructurado del Inconsciente, el ámbito de las fantasías toma un valor nuevo. Adquiere, como sostiene Vicente Mira, un fundamento más sólido: la fantasía pasa a ser la expresión última y más verdadera del deseo inconsciente (2005: 398-399).

En su estudio sobre las fantasías no efectúa Freud una distinción de naturaleza entre los niveles consciente, preconscious e inconsciente, sino que más bien señala sus estrechas relaciones, los pasos entre ellas³. En su artículo metapsicológico dedicado a *Lo inconsciente* caracteriza a la fantasía por su movilidad: presente como lugar y momento de pasaje desde un registro de la actividad psíquica a otro, aparece irreductible a uno solo de los sistemas psíquicos.

“De esta naturaleza son las fantasías (...) que reconocimos como fases preliminares de la formación de sueños y de síntomas; productos que, a pesar de su alto grado de organización, permanecen reprimidos y no pueden, por tanto, llegar a la conciencia. Se aproximan a la conciencia y permanecen cercanos a ella, sin que nada se lo estorbe mientras su carga es poco intensa; pero en cuanto ésta alcanza cierta intensidad, quedan rechazados” (1915d: 2075).

Lejos de operar una separación esquemáticamente precisa entre las fantasías conscientes e inconscientes, Freud pone el acento en un flujo constante de influencias: en las fantasías conscientes siempre hay un elemento inconsciente e incapaz de conciencia. Esto es, tras las fantasías conscientes laten siempre ramificaciones de fantasías devenidas inconscientes.

“Estas fantasías devenidas inconscientes son el punto de apoyo que utiliza la libido para remontarse hasta sus orígenes en lo inconsciente; esto es, hasta sus propios puntos de fijación” (1915-1917 [1916-1917]: 2356).

De las fantasías primarias a la escena primaria: *El Hombre de los Lobos*

Del enorme acervo de fantasías inconscientes existentes, Freud concedió especial importancia a las “fantasías primarias”, tal y como podemos leer en el breve artículo que escribió sobre el caso de una mujer paranoica a partir del dictamen psiquiátrico que le solicitó un conocido abogado.

“La sorpresa del comercio sexual entre el padre y la madre es un elemento que sólo muy raras veces falta en el acervo de las fantasías inconscientes, revelables por medio del análisis en todos los neuróticos y probablemente en todas las criaturas humanas. A estos productos de la fantasía referentes a sorprender el acto sexual de los padres, a la seducción, a la castración, etc., les damos el nombre de *fantasías primarias* (...)” (1915 a: 2014).

³ Cabe destacar que en una nota de sus *Tres ensayos para una teoría sexual* indica Freud que las fantasías conscientes de los perversos, los temores delirantes de los paranoicos y las fantasías inconscientes de los histéricos coinciden en su contenido hasta en los menores detalles (1905: 1190).

Los contenidos de estas fantasías presentan un carácter común: todas ellas se refieren a las teorías infantiles sobre los orígenes. En la “escena originaria” o “escena primaria” se representa el origen del sujeto a través del coito parental, ya sea observado o fantaseado por el niño a partir de ciertos indicios; en las “fantasías de seducción” se representa el surgimiento de la sexualidad; y en las “fantasías de castración” el origen de la diferencia entre los sexos (Laplanche y Pontalis, 1977: 143).

El concepto, en plural, de “escenas primarias” aparece por vez primera en el *Manuscrito L* de 1897 en el que Freud llama la atención a Fliess sobre ciertas experiencias infantiles traumatizantes (sin que aludiese por entonces especialmente a la relación sexual entre los padres) cuyo recuerdo y su consiguiente irrupción sexual se halla en ocasiones elaborado y enmascarado por fantasías que actúan como “ficciones defensivas”.

“El objetivo consiste, al parecer, en llegar a las escenas primarias, lo que en algunos casos se consigue directamente, pero en otros sólo a través de largos rodeos por las fantasías. Las fantasías son, efectivamente, antepérticos psíquicos erigidos para bloquear el acceso a esos recuerdos” (1950: 3566).

Pocos años después, en *La interpretación de los sueños*, designa Freud con motivo del recuerdo de un hombre que siendo niño contempló una escena sexual entre sus padres la importancia de ésta como motor generador de angustia.

“El hecho de que el comercio sexual de los adultos es considerado por los niños como algo violento y despierta angustia en ellos, puede ser comprobado cotidianamente. Para esta angustia hemos hallado la explicación de que se trata de una excitación sexual no dominada por su comprensión y que es rechazada, además, por referirse a los padres, transformándose así en angustia” (1899-1900: 700).

Sin embargo, habrá que esperar hasta finales del año 1914, concretamente a la “historia de la neurosis infantil” de un joven psicótico ruso, *El Hombre de los Lobos*⁴, para que otorgue Freud un lugar teórico central al efecto patógeno de la observación del coito parental, centralidad indicada por el hecho de que es a partir de este artículo que el término de “escena primaria”, ya en singular, quedará reservado a esta fantasía primaria⁵.

4 En este “ensayo” Freud se ocupa tan sólo de la “grave perturbación neurótica” que dominó la infancia de este sujeto desde un poco antes de cumplir los cuatro años hasta que alcanzó los diez (Freud, 1914 [1918]: 1941). Sin embargo, Ruth Mack Brunswick, la analista a la que acudió este paciente de Freud en 1926 bajo la presión de un episodio paranoide, sostiene el diagnóstico de psicosis y, tras ella, Jacques Lacan (1964: 62) y Jacques-Alain Miller, quien dedicó un seminario a estudiar este caso (Miller, 2011).

5 En cuanto al efecto patógeno de las impresiones visuales y/o auditivas del coito parental resulta necesario subrayar que éste depende tanto del *shock* real como de la cantidad de excitación desencadenada (variable según la fuerza del empuje de la pulsión en cada sujeto) y de las capacidades del sujeto para elaborar dicha “excitación intratable” (Soler, 2007: 147). Es decir, que una misma vivencia puede actuar como trauma para un sujeto y no para otro cuya constitución sea distinta. Es preciso, así mismo, llamar la atención sobre una advertencia que nos hace el propio Freud a este respecto: “Concentrando toda nuestra atención sobre los sucesos sexuales de la infancia, pudiéramos creer cumplida la misión [pedagógica] de prevenir las enfermedades nerviosas con sólo retardar el desarrollo sexual y evitar al niño impresiones de este orden. Pero (...) una rigurosa vigilancia ejercida sobre el niño (...) sobrepasa el fin propuesto, favoreciendo una exagerada represión sexual que puede ser de muy perjudiciales consecuencias, y lanza al niño a la vida sin medio alguno de defensa contra el embate de las tendencias sexuales que la pubertad habrá de traer consigo. Las ventajas de la profilaxis sexual de la infancia son, por tanto, más que

Lo que Freud se propone con la escritura de este caso es ofrecer “un ejemplo práctico” que no dejara duda alguna sobre el papel primordial que las vivencias infantiles más tempranas tienen en la producción de las neurosis (1914 [1918]: 1969), subrayando, al tiempo, la necesidad de impulsar los análisis de los pacientes hasta penetrar en el más remoto período de su infancia como condición *sine qua non* de la práctica psicoanalítica.

“Sólo aquellos análisis que nos oponen dificultades especiales y cuya realización nos lleva mucho tiempo pueden enseñarnos algo nuevo. Únicamente en estos casos conseguimos descender a los estratos más profundos y primitivos de la evolución anímica y extraer de ellos la solución de los problemas que plantean las estructuras posteriores. Nos decimos entonces que sólo aquellos análisis que tan profundamente penetran merecen en rigor el nombre de tales” (1914 [1918]: 1942-1943)⁶.



A partir de un sueño que “marcó el comienzo” de la enfermedad del *Hombre de los Lobos* un poco antes de que cumpliera los cuatro años⁷, y gracias al “repetido retorno del sueño durante el curso del tratamiento, en innumerables variantes y nuevas ediciones” (1914 [1918]: 1958), lleva Freud a cabo una reconstrucción detectivesca de “la escena primaria” vivida pasivamente por su paciente a la edad de año y medio.

“Dormía, pues, en su camita, colocada en la alcoba de sus padres, (...). Cuando el niño despertó fue testigo de un *coitus a tergo* repetido por tres veces, pudo ver los genitales de su madre y los de su padre y comprendió perfectamente el proceso y su significación” (1914 [1918]: 1959).

Más que tratarse de una fantasía inconsciente entre otras, la escena primaria se presenta ahora como “la construcción” analítica de un suceso real⁸. Estando al mismo

dudosas” (1915-1917 [1916-1917]: 2350).

⁶ Vemos que para Freud esta condición de llevar los análisis hasta alcanzar los orígenes del sujeto “no es sólo teórica sino también práctica”, ya que es lo que distingue a los psicoanalistas de los médicos que guían su labor analítica “por una orientación exclusivamente terapéutica” (Freud, 1925: 2896). Es por esto que el llamado viaje analítico comienza más allá del momento en que el sujeto “empieza a sentirse bien bajo su piel”, es decir, más allá del punto en que se podría considerar, desde una perspectiva terapéutica, que el análisis ha terminado (Miller, 1983: 16).

⁷ “Soñé que era de noche y estaba acostado en mi cama (...). De pronto, se abre sola la ventana, y veo, con gran sobresalto, que en las ramas del grueso nogal que se alza ante la ventana hay encaramados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete, totalmente blancos, y parecían más bien zorros o perros de ganado (...). Presa de horrible miedo, sin duda de ser comido por los lobos, empecé a gritar.... y desperté.” (1914 [1918]: 1953-1954).

⁸ “Sería un error suponer que no se trata aquí sino de cosas imaginarias sin ninguna base real” (1915-1917 [1916-1917]: 2353). Claro que, como advierte el propio Freud, bien pudo no tratarse de un coito entre los padres, sino de un coito entre animales que el niño observó y desplazó luego sobre los padres (1914 [1918]: 1971).

nivel que “la *represión primitiva*” o represión primaria⁹, origen histórico del sujeto del Inconsciente, esta escena vivida es incapaz de consciencia, no se puede llegar a recordar. Es decir que constituye “un núcleo” de saber en el Inconsciente que está, por definición, “fuera del alcance del sujeto” (Lacan, 1968-1969: 50). Sin embargo, la represión primaria no sólo borra el acontecimiento sino que también “produce una fijación” de la pulsión (en este caso, de la pulsión escópica) a su “representación psíquica”, huella mnémica de la escena real que “perdura inmutable” en el Inconsciente (1915 c: 2054). De modo que es la ‘activación’ afectiva en el análisis de este rastro, que es constitutivo del sujeto mismo, lo que permite la reconstrucción del suceso original (1914 [1918]: 1963).

“No soy de [sic] opinión que estas escenas tengan que ser necesariamente fantasías porque no sean evocadas como recuerdos (...) El soñar es también un recordar (...) las experiencias infantiles más precoces ‘ya no quedan’ como tales, sino que son reemplazadas en el análisis por transferencias y por sueños” (1914 [1918]: 1967)¹⁰.

Vemos entonces cómo el caso del *Hombre de los Lobos* –caso en el que Freud estudia “las relaciones de esta *escena primaria* con el sueño, los síntomas y la historia del paciente” (1914 [1918]: 1960)– aporta una novedad teórica clave, digamos que central, en tanto que nos permite considerar que el sueño, que se presenta como “una elaboración *a posteriori* de las impresiones recibidas” durante la observación del coito parental (1914 [1918]: 1959), despliega la estructura misma de un fantasma.

“A veces sucede que se ve aparecer en sueños, y de un modo no ambiguo, una forma pura, esquemática del fantasma. Tal es el caso en el sueño de la observación del Hombre de los Lobos. (...) Este sueño (...) es el fantasma puro develado en su estructura. Si esta observación tiene para nosotros un carácter inagotado e inagotable, es porque se trata esencialmente de la relación del fantasma con lo real” (Lacan, 1962-1963: 85).

De ahí que lo que Lacan llama el *fantasma fundamental* –que viene a ser “una especie de frase” que resume la estructura de toda la personalidad del sujeto: sus síntomas, sus actos, su conducta y, en general, sus relaciones con los demás y con el mundo (1957-1958: 484)– encuentre su material clínico en esta escena primaria que, representando el origen del sujeto del Inconsciente, está “siempre presente en el centro de las elaboraciones fantasmáticas del sujeto” (Soler, 2011: 20).

“El fantasma será el resumen y la razón argumental de la posición sexuada del sujeto, de sus elecciones amorosas, de las relaciones de objeto sexual y, en

9 En su artículo de 1915, dedicado a la represión, diferencia Freud entre “la *represión propiamente dicha*” (represión secundaria), una “fuerza opresiva” de carácter defensivo que actúa *a posteriori* y que falla por definición (por eso la represión es equivalente al “retorno de lo reprimido”) y “una *represión primitiva*” o primaria, lógicamente deducida por Freud a partir del análisis de los modos de funcionamiento de la anterior.

10 Nótese que, junto a los sueños de los enfermos de neurosis traumática, estos sueños que, apareciendo en el análisis, “nos vuelven a traer el recuerdo de los traumas psíquicos de la niñez”, son para Freud una excepción a la regla de que los sueños son realizaciones de deseos inconscientes, ya que “obedecen más bien a la obsesión de repetición, que en el análisis es apoyada por el deseo –no inconsciente– de hacer surgir lo olvidado o reprimido” (1919-1920 [1920]: 2522). En otras palabras, se trata de sueños que, siendo fruto del Inconsciente “que está producido entre el analista y el analizante” en la transferencia (Mira, 1988-1989: 68), responden a una alianza entre la pulsión de muerte del paciente (motor de la repetición) y su deseo consciente de que el análisis alcance su fin.

suma, del origen y devenir de su sexualidad. En las escenas organizadas por el fantasma se lee el origen del sujeto mismo” (Mira, 2005: 400).

De las fantasías al fantasma vía *Pegan a un niño*

A pesar de la existencia de cierta dificultad en torno al término “fantasme” –ya que puede referirse tanto a la llamada “selva de las fantasías” como al “fantasma”– podemos señalar tres ejes en torno a los cuales establecer su diferenciación: la dimensión histórica, el lugar del sujeto en las elaboraciones fantasmáticas y la cuestión del objeto.

Los escenarios de las fantasías suelen ser cambiantes a lo largo de la vida:

“(…) los diversos ensueños o sueños diurnos, escribe Freud, no son, en modo alguno, rígidos e inmutables. Muy al contrario, se adaptan a las impresiones cambiantes de la vida (...) y reciben de cada nueva impresión eficiente lo que pudiéramos llamar el «sello del momento»” (Freud, 1907-1908: 1345).

Por el contrario, el fantasma no sólo es inmutable sino que además muestra “una fijeza esquemática heredera de la fijación del modo de satisfacción sexual de cada sujeto” (Mira, 2005: 399).

En cuanto al lugar del sujeto, éste siempre está presente *en* la escena. Ahora bien, si atendemos a las diferentes modalidades fantasmáticas, observamos que, mientras en las ensoñaciones diurnas, organizadas por el proceso secundario, “su majestad el Yo” se presenta como el héroe invulnerable de todas las gestas, a medida que la fantasía se aleja de la conciencia, debido a la censura ejercida por la represión, el sujeto deja de aparecer como el actor de la escena para hacerlo como el objeto pasivo de ésta (Mira, 2005: 400).

Y tal posición de objeto pasivo es precisamente la que encontramos en *Pegan a un niño*, artículo en el que Freud, a partir de seis casos (cuatro de mujeres y dos de hombres), realiza un análisis estructural de la típica “fantasía de flagelación”, diferenciando tres fases o etapas: la primera es capaz de conciencia durante el análisis, la última es desde el principio consciente y la intermedia no deja nunca de permanecer inconsciente, nunca es recordada.

“Para seguir más fácilmente estas transformaciones de las fantasías de flagelación me limitaré a exponer las observaciones realizadas en sujetos femeninos, predominantes en el material de que dispongo” (Freud, 1919: 2468).

Mientras que la primera fase que es recordada en el análisis –‘mi padre pega al niño/a odiado/a por mí’– corresponde a una época infantil muy temprana y está vinculada a la aparición de un hermano o de una hermana (o de otro rival infantil cualquiera) a quien la niña odia por celos (1919: 2469); la segunda fase, presenta grandes transformaciones: la persona que pega continúa siendo la misma (el padre de la niña) pero, ahora, quien recibe los golpes es la propia sujeto infantil de la fantasía y, además, el afecto sentido en relación con la representación del acto de maltrato ya no es el odio hacia el rival sino el amor del padre, amor que, en la primera fase, estaba implícito: si

mi padre pega al otro niño, odiado por mí, es porque “*sólo me quiere a mí*” (1919: 2470). La descripción de esta segunda fase sería, entonces, la siguiente: ‘yo soy golpeada/amada por mi padre’.

“Esta segunda fase, escribe Freud, es la más importante de todas. Pero en cierto sentido podemos decir que no ha tenido nunca existencia real. No es jamás recordada ni ha tenido nunca acceso a la conciencia. Es una construcción del análisis, pero no por ello deja de constituir una necesidad” (1919: 2469).

Finalmente, en la tercera fase de la fantasía –‘pegan a un niño’– que es consciente antes del análisis aunque la escena se presenta a la vez como un límite al saber (‘no sé ...; pegaban a un niño’), la niña figura como “simple espectadora” de la escena de flagelación, el golpeado es predominantemente un niño o unos niños desconocidos (y no una niña) y la persona que pega no es el padre, como en el primer y segundo tiempo, sino un subrogado perteneciente a la serie paterna (el maestro u otro hombre cualquiera que represente a la autoridad). Lo esencial de esta tercera escena, que puede experimentar múltiples variaciones quedando incluso la flagelación misma sustituida por castigos y humillaciones de otro género, es que es “el sustentáculo de una intensa excitación, inequívocamente sexual, y provoca, como tal, la satisfacción onanista” (1919: 2469).

La relevancia de esta fantasía de flagelación, “tan común en las niñas” (1925: 2900), es que el segundo escenario –‘yo soy golpeada/amada por mi padre’– representa el paradigma freudiano del fantasma lacaniano. Cuatro son los elementos interrelacionados de esta fase intermedia de la fantasía que Lacan retoma para su concepción del fantasma.

Primero, su proximidad a la represión primitiva u originaria, ya que esta segunda fantasía, que es lógicamente necesaria para establecer la conexión entre la tercera y la primera, nunca ha sido recreada por la sujeto, nunca ha existido en la realidad psíquica de la sujeto, y, por ello mismo, “ha de ser reconstruida en el análisis” (1919: 2472)¹¹. Segundo, que el hilo que orienta la construcción analítica de la misma no es otro que el goce experimentado por la niña con la fantasía masturbatoria ‘pegan a un niño’, goce que, si bien parece sádico (por la forma que adopta la fantasía), es realmente masoquista, puesto que “todos los niños desconocidos golpeados por el maestro no son sino subrogados de la propia persona” (1919: 2472). Tercero, que la posición de ‘ser flagelada’ ocupada por la sujeto es la posición pasiva del “masoquismo primario” compartida por todo sujeto (Freud, 1919-1920 [1920]: 2536): la sujeto está ubicada como siendo ‘el objeto del Otro’, posición que es la de todo bebé con respecto a su madre o cuidadores. Y, *last but not least*, que en este segundo escenario la falta de

11 Freud señala en su artículo la existencia de un caso que hace excepción: “la fantasía de la segunda fase, en la cual la sujeto es pegada por el padre, permanece, por lo general, inconsciente, probablemente a consecuencia de la intensidad de la represión. No puedo indicar por qué en uno de mi seis casos (uno masculino) era recordada conscientemente. Este hombre, ya en plena madurez, había conservado con toda claridad en la conciencia el recuerdo de haber utilizado para fines onanistas la representación de ser pegado por su madre” (1919: 2471). A este respecto, González Requena sugiere la hipótesis de que el hombre de este caso fuese, precisamente, El Hombre de los Lobos (2011: 354-355).

objeto en la niña, falta que es también la de todo sujeto¹², aparece velada, enmascarada, por la presencia de un objeto fálico (el látigo o similar)¹³.

Y llegamos así al tercer, y último, eje que nos permite diferenciar las fantasías en general del fantasma: la cuestión del objeto.

“La cuestión del objeto, para nosotros, analistas, es fundamental. La experimentamos constantemente, es lo único que tenemos que hacer, ocuparnos de esto” (Lacan, 1957-1958: 237).

Frente a todo el ramillete de fantasías del sujeto, que ponen en escena objetos de deseo cambiantes y de una extraordinaria variedad; en el fantasma, no aparece objeto de deseo alguno, lo cual no significa que el fantasma sea sin objeto.

“Un objeto puede adquirir (...) respecto al sujeto el valor esencial que constituye el fantasma fundamental. El propio sujeto se reconoce allí como detenido, (...) fijado. En esta función privilegiada, lo llamamos *a*” (Lacan, 1960-61: 198).

En la fórmula del fantasma $-\$ \diamond a-$ la *a* no hace referencia a un objeto en el sentido fenoménico (pues no se trata de un objeto que aparezca en el mundo bajo una forma imaginaria o como efecto de una nominación simbólica) sino que lo que Lacan viene a escribir con esta letra primera es, más bien, “la presencia de un hueco, de un vacío” que, como señala Freud con respecto a la pulsión, “cualquier objeto puede ocupar” (Lacan, 1964: 187)¹⁴. Es precisamente en *La lógica del fantasma* donde localiza Lacan en una serie de partes separables del cuerpo las cuatro sustancias pulsionales con las que se envuelve o reviste este objeto “eternamente faltante”. A los clásicos objetos freudianos (el objeto oral y el objeto anal), Lacan añade, a partir de la teoría freudiana del trauma, el objeto mirada y el objeto voz¹⁵:

12 “El objeto del psicoanálisis no es el hombre; es lo que le falta, no falta absoluta, sino falta de un objeto” (Lacan, 1966: 229).

13 Nótese que cuando Freud retoma *pegan a un niño* para “el estudio de la intervención de la diferencia sexual en la dinámica de las neurosis” (1919: 2473) en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*, señala que esta fantasía, más que estar vinculada a “una regresión a la organización pregenital sádico-anal de la vida sexual” (1919: 2471), “parece ser una reliquia del período fálico en la niña” (1925: 2900). Con lo cual, la descarga onanista de “la excitación libidinosa”, en vez de estar relacionada con un retorno del deseo edípico *femenino* reprimido de ser amada por el padre (1919: 2741) o con un supuesto deseo de la niña de “ser un chico” (1919: 2472), estaría más bien enlazada a su anhelo pre-edípico de tener un pene (1925: 2898-2899), anhelo pulsional que está en el centro del complejo de castración en la niña y que es lo que posibilita su entrada en el complejo de Edipo (1925: 2901).

14 Según Freud el objeto “es lo más variable” de la pulsión, ya que, estando el objeto “subordinado” a la satisfacción pulsional, “es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro” (Freud, 1915 b: 2042). Si tomamos como ejemplo la pulsión oral, la cuestión no es sólo que no haya alimento alguno que la satisfaga (Lacan, 1964: 187) –ya que el alimento primigenio es un objeto perdido– sino también que esta pulsión puede llegar a hallar su satisfacción vía un objeto completamente ajeno a la función alimentaria, como cuando un sujeto satisface la pulsión oral “devorando libros”.

15 “Llamamos *traumas* a las impresiones precozmente vividas y olvidadas más tarde, que, según dijimos, tienen tanta importancia en la etiología de las neurosis (...) Los traumas consisten en experiencias somáticas o en percepciones sensoriales, por lo general visuales o auditivas” (Freud, 1934-1938 [1939]: 3283 y 3285).

“Es el seno, el escíballo, la mirada y la voz, estas piezas separables, sin embargo profundamente religadas al cuerpo, de lo que se trata en el objeto *a*” (1966-1967).

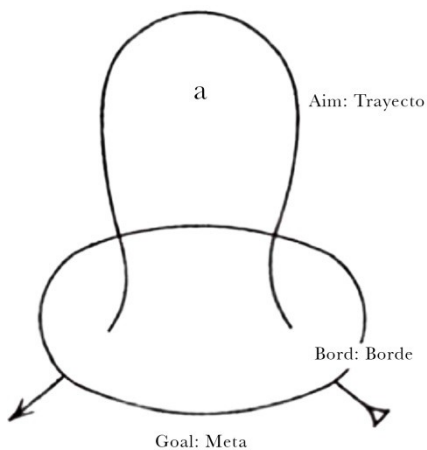


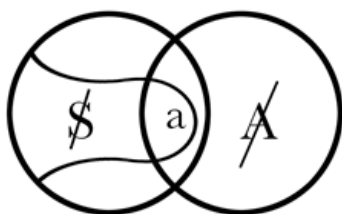
Gráfico de Freud de la pulsión, al que Lacan añade su objeto *a*

El objeto *a* se revela así como el objeto que, contorneado por la actividad de la pulsión (oral, anal, escópica o invocante), cumple la función privilegiada de causar el deseo del sujeto.

“Comprenda [responde Lacan a una pregunta de M. Safouan] que el objeto del deseo es la causa del deseo y este objeto causa del deseo es el objeto de la pulsión, es decir, el objeto en torno al cual gira la pulsión” (Lacan, 1964: 251).

Ahora, ¿cómo abordar este objeto que, en tanto que falta, constituye “el fundamento en cuanto tal del sujeto deseante” (Lacan, 1962-1963: 190)¹⁶? A lo largo de su seminario sobre *La angustia* insiste Lacan en que el objeto *a* tiene que ver con la constitución del sujeto vía la falta en el Otro, \bar{A} .

“(…) el objeto definido en su función por su lugar como *a* es el objeto que funciona como resto en la dialéctica entre el sujeto y el Otro (...)” (1962-1963: 249).



Recordemos que el Otro remite, en la enseñanza lacaniana, al campo de la palabra, del lenguaje y del Inconsciente –en tanto que está estructurado como un lenguaje–, y en

¹⁶ Que el objeto *a* sea fundamento del sujeto deseante significa que, por ejemplo, este objeto sea causa de la investidura de los objetos a los que el deseo apunta (Soler, 2007: 19).

esa misma medida, a aquellos que nos introdujeron en la cadena significativa, empezando por la madre. Entonces, ¿cómo traducir esa “falta en el Otro” que Lacan escribe como \bar{A} ? Digamos que \bar{A} remite, en primer lugar, a una falta estructural en el orden simbólico, en el Inconsciente. En el campo del Otro falta un significante que logre recubrir, por medio del sentido, lo Real: básicamente la muerte y el goce sexual¹⁷. En segundo lugar, \bar{A} remite a una falta (a un deseo enigmático, desconocido) que, apareciendo en los intervalos, en las fracturas, del discurso del Otro –*me dice eso, pero ¿qué quiere?* (Lacan, 1964: 222)–, desencadena ese afecto que es la angustia.

Estas dos faltas se superponen. Tras la entrada del sujeto en el lenguaje, en el campo del Otro, entrada que marca al viviente con una pérdida de goce –castración primaria o $\bar{\$}$ –, sobrevive un resto de goce (objeto a) que, quedándose *fijado* al núcleo originariamente reprimido del Inconsciente, viene tanto a impulsar la acción deseante del sujeto como a recubrir, de forma repetitiva e insistente, los cortes, los huecos, que interfieren en el discurso del Otro; ya que las inconsistencias del Otro, los trechos que hay entre sus dichos y sus hechos, las imperfecciones del Otro, son causa de angustia para el sujeto.

Así es que el fantasma – $\bar{\$} \diamond a$ – no sólo cumple la función de animar y sostener el deseo del sujeto sino también la de defenderle de la coyuntura de la angustia manteniéndole alejado de \bar{A} . Esto es, que el fantasma viene tanto a velar la falta en el campo del Otro (el hecho de que ni lo simbólico ni el Inconsciente logren recubrir por completo lo Real por medio del sentido) como a taponar “el horror” que produce la castración del Otro: vale decir, para que el Otro aparezca como completo, consistente, como si fuera un sujeto no dividido por un goce que le excede, como si fuera un sujeto que está “al mando de su propio deseo” (Soler, 2011: 30).

A modo de conclusión

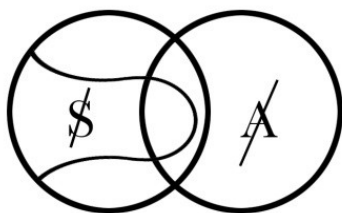
El fantasma, dice Lacan, “es el cuadro que viene a situarse en el marco de una ventana”. Y ¿para qué? Pues precisamente, y cualquiera que sea el encanto de lo que esté pintado en la tela, para “no ver lo que se ve por la ventana” (1962-1963: 85); a saber: lo Real.

Entendemos así que Lacan sitúe el fin de análisis en términos de un atravesamiento del fantasma.

“El desgarramiento del velo es análogo al hecho de abrir los ojos y al de abrirse la ventana. La escena primordial ha quedado transformada en una condición de [su] curación” (Freud, 1914 [1918]: 1997).

El fantasma no se modifica, no cambia, pero con su atravesamiento el objeto a ‘salta de su lugar’ (Lacan, 1966: 225) y el sujeto entre-ve lo que hay detrás de su cuadro fantasmático: la falta de objeto, el vacío; ese *gap* entremedias del sujeto y del Otro alrededor del cual gira, con constante frenesí, la pulsión.

¹⁷ El goce sexual, “lo que se ubica sin duda en el origen del sujeto”, es “completamente real, ya que no está simbolizado ni es simbolizable en ninguna parte del sistema del sujeto” (Lacan, 1968-1969: 289 y 292).



Se trata, en suma, de una apertura a un real. De una apertura tanto al “traumatismo del agujero” en lo simbólico (Soler, 2011: 76) como al goce “encarnado” que está fuera de lo simbólico, fuera de la cadena significante y del sentido (Soler, 2009: 77).

Volviendo, retornando, vía el camino regio del sueño, a la casa originaria donde este real de goce estuvo (Lacan, 1964: 52), el sujeto no sólo alcanza el tope de lo que de saber puede conquistar en el Inconsciente –enfrentándose entonces a “la imposibilidad de encontrar ese traumatismo que explicaría todo” (Mira, 1988-1989: 64)– sino que también re-vive, en la experiencia del sueño, ese “núcleo de goce” que le habita y, de esta forma, adquiere cierto saber, corporalmente tangible, sobre el modo particular de goce en su Inconsciente¹⁸.

“Esto permite concebir lo que se materializa en la experiencia. Les ruego que tomen uno de los grandes psicoanálisis de Freud, o, más bien el más grande y sensacional de todos (...) Hablo de la observación del *Hombre de los lobos* (...) No es sólo que al sujeto lo fascine la mirada de esos lobos (...) ocurre que la mirada fascinada de éstos es el propio sujeto” (Lacan, 1964: 258-259)¹⁹.

Ahí se dirige el análisis lacaniano: al “hueso de lo real” de un sujeto (Lacan, 1964: 61), a la aprehensión de un fragmento de saber sobre “su ser de goce” (Soler, 2009: 85). Ya que es precisamente este saber incompleto sobre el goce propio lo que le va a permitir al sujeto “salir airoso” de su sujeción, sea amorosa o conflictiva, al campo del Otro (Lacan, 1964: 195)²⁰, lo que le va a permitir modificar su economía pulsional (lo que da placer, lo que da displacer) y acceder así, en definitiva, a “condiciones nuevas de goce”²¹.

“Nosotros, los analistas, nos planteamos el objetivo de llevar a cabo el análisis más completo y profundo que sea posible en nuestros pacientes; no queremos aliviarlos incorporándolos a las comunidades católica, protestante o social, sino que procuramos más bien enriquecerlos a partir de sus propias fuentes íntimas, poniendo a disposición de su yo aquellas energías que debido a la represión se

18 Vicente Mira, “El fantasma en la neurosis obsesiva”, curso impartido junto a Nieves González y Gloria Fernández de Loaysa, en *El Colegio de Psicoanálisis de Madrid*, clase del 10-10-2013.

19 En Freud, leemos: “un buen día el sujeto inició espontáneamente la continuación de la interpretación de su sueño. Opinaba que aquel fragmento del mismo en que la ventana se abría sola no quedaba totalmente explicado por su relación con la ventana (...) por la que entraba el lobo. A su juicio, debía tener otro sentido: el de que él mismo abría de repente los ojos. Quería, pues, decir que estando dormido había despertado de pronto y había visto algo: el árbol con los lobos. Nada podía objetarse contra tal interpretación (...) La fija contemplación atribuida en el sueño a los lobos debía ser atribuida al propio sujeto” (Freud, 1914 [1918]: 1957).

20 La castración es “un punto irresoluble de eludir de la relación del sujeto con el Otro” pero es “un punto resoluble en cuanto a su función de angustia” (Lacan, 1962-1963: 287).

21 Vicente Mira, “El fantasma en la neurosis obsesiva”, clase del 10-10-2013.

hallan inaccesiblemente fijadas en su inconsciente, así como aquellas que el yo se ve obligado a derrochar en la estéril tarea de mantener dichas represiones” (Freud, 1926-1927: 2957).

La cura analítica lacaniana no pasa sólo por el levantamiento de los síntomas –vía la palabra, vía el goce del desciframiento–, sino también, y principalmente, por esta aproximación al pozo del gozo, a lo Real fuera del sentido, a lo que insiste en repetirse más allá de cualquier palabra. Ya que sólo desde ahí, desde ese fondo enigmático y silencioso, se le abre al sujeto la posibilidad de crear un deseo inédito, esto es, un deseo más allá de la trama inmodificable del fantasma.

Deseamos agradecer a la psicoanalista Nieves González su atenta y generosa supervisión de este artículo. Fue esencial para cerrarlo.

Bibliografía

Freud, S.: *Los orígenes del psicoanálisis. Cartas a Wilhelm Fliess, manuscritos y notas de los años 1887 a 1902* (1950), Obras Completas, vol. IX, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.

- *La interpretación de los sueños* (1899-1900), Obras Completas, vol. II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), Obras Completas, vol. IV, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *El poeta y los sueños diurnos* (1907-1908), Obras Completas, vol. IV, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908), Obras Completas, vol. IV, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *La novela familiar del neurótico* (1908-1909), Obras Completas, vol. IV, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Historia del movimiento psicoanalítico* (1914), Obras Completas, vol. V, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Historia de una neurosis infantil (Caso del «Hombre de los lobos»)* (1914 [1918]), Obras Completas, vol. VI, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica* (1915 a), Obras Completas, vol. VI, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Los instintos y sus destinos* (1915 b), Obras Completas, vol. VI, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *La represión* (1915 c), Obras Completas, vol. VI, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Lo inconsciente* (1915 d), Obras Completas, vol. VI, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1915-1917 [1916-1917]), Obras Completas, vol. VI, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972.
- *Pegan a un niño. Aportación al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales* (1919), Obras Completas, vol. VII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Más allá del principio del placer* (1919-1920 [1920]), Obras Completas, vol. VII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.
- *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* (1925), Obras Completas, vol. VIII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1974.
- *Análisis profano (psicoanálisis y medicina). Conversaciones con una persona imparcial* (1926-1927), Obras Completas, vol. VIII, Biblioteca Nueva, Madrid, 1974.
- *Moisés y la religión monoteísta* (1934-1838 [1939]), Obras Completas, vol. IX, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.

González Requena, J.: *Escenas fantasmáticas. Un diálogo secreto entre Alfred Hitchcock y Luis Buñuel* (2011), Centro José Guerrero, Granada.

Lacan, J.: *El Seminario 5: Las formaciones del inconsciente* (1957-1958), Paidós, Buenos Aires, 2010.

- *El Seminario 8: La transferencia* (1960-1961), Paidós, Buenos Aires, 2003.
- *El Seminario 10: La angustia* (1962-1963), Paidós, Buenos Aires, 2008.
- *El Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), Paidós, Buenos Aires, 2003.
- “Respuestas a estudiantes de filosofía” (1966), en *Otros escritos* (2001) Paidós, Buenos Aires, 2010, pp. 221-229.
- *El Seminario 14: La lógica del fantasma* (1966-1967), inédito.
- *El Seminario 16: De un Otro al otro* (1968-1969). Paidós, Buenos Aires, 2008.

Laplanche, J. y Pontalis, J. B.: *Diccionario de Psicoanálisis* (1977), Paidós, Barcelona, 1996.

- *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía* (1985), Gedisa, Barcelona, 1986.

Miller, J-A.: *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma* (1983), Manantial, Buenos Aires.

- *El Hombre de los Lobos. Un Seminario de Investigación Psicoanalítica* (2011), Gredos, Madrid.

Mira, V.: “Fantasía. Fantasma”, en Mira, V., Ruiz, P. y Gallano, C. (Ed.): *Conceptos freudianos* (2005), Editorial Síntesis, Madrid, pp. 391-407.

Mira, V. “El Inconsciente está vacío”, en Fernández, E., Rodríguez J. C., Torres, V. (Ed.): *El Inconsciente* (1988-1989), Asociación Athénaion, Gijón, pp. 55-71.

Soler, C.: *¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?* (2007), Letra Viva, Buenos Aires.

- *Lacan, lo inconsciente reinventado* (2009), Amorrortu, Buenos Aires, 2013.
- *Los afectos lacanianos* (2011), Letra Viva, Buenos Aires.